

Warmi de Montserrat Fernández

El amor y la entrega, el tiempo del retorno, es decir, del agua, su presencia inmanente, su recorrer detenido. Veo la muerte, la entiendo mejor cuando leo *Warmi*, el poemario que escribiera Montserrat Fernández y publicara la Editorial Gente Común en 2011.

Si algo exige la poesía es consistencia en su condición de lenguaje, por lo que celebro el atento cuidado que se deshoja en las frases hilvanadas que encierran la historia que cuenta Montserrat. Los poemas de *Warmi* nos recuerdan que es tiempo de amar y morir, al mismo tiempo, que la escueta gasa que nos separa del silencio no es más que un *rumor de llover*, como diría la poeta.

Me atrae grandemente esta poesía porque, cosa poco común, no sólo busca lo inasible, como toda poesía, sino que, además, encuentra ese inasible en paja brava, frío, orillas, que evoca un pasado repetible, una memoria que no se predice por la añoranza ni la experiencia de los sentidos lejanos. Quiero decir, remitiéndome al poemario que hoy me exalta, que se trata de una propuesta poética de lugares compartidos que se resuelven a través de una palabra que sugiere un hombre muerto, un espacio lacustre, un lugar femenino. Es ése, digo, el diálogo entre los elementos que conforman el universo que construye Montserrat en su *Warmi*, uno en que las cosas viajan libres por entre olores y telas bordadas, únicamente perceptibles en el sitio en que se trenzan la muerte y el susurro que la recuerda.

Quisiera volver a ver al lago y mirarme entre las formas de la lluvia, haciéndome árbol, haciéndome eco, *pedazo a pedazo*, para volver a sentir al hombre muerto, a la *warmi* que seguramente nos espera bordeando los límites de lo inconcluso, para volver a dormir sintiendo que la poesía no es incommensurable, que es solamente un conjuro inevitable que nos urge a imaginarnos una y otra vez.

Ahí está *warmi*, resuelta como un espiga, sin saber hasta *dónde somos la tierra sin necesidad/ de amanecer pronto*, recordando lo que ya no es posible recordar porque los muertos y el lago no tienen piedad... *mi único bien es la ausencia de mí*.

En este tejido, que se trama desde la profundidad severa de los sapos, hay una figura escueta que arma la moldura de este tránsito. Es, pienso, la complicidad

con la oscuridad, un hilván que une los principios de la vida y que, paradójicamente, se abre a la lejanía con una desenfadada ingenuidad próxima a la muerte... *Hace falta, ahora, incluir la ausencia/ y renunciar a las alianzas*.

Trozo estas palabras con la ceguera de un viandante que siempre quiso aligerar sus retornos en el agua, en la sal mínima del lago próximo que siempre fue concebido como el instante prematuro del reposo final. Trozo estas palabras con la certeza de haberle hecho frente a una poesía que protege instintos y previene ansiedades, pero es también una provocadora convocatoria a desear los hilos más finos entre las aldeas más dispares.

Warmi es un complejo universo de relaciones contradictorias que se dejan estar a partir de una marea lacustre que no admite respiro, pero que embriaga tanto o más que la ausencia, es el instante en que coinciden los sonidos y las plumas. *Warmi* es la evocación de un mundo de sensaciones en el que están las formas genitales, el agua y sus miembros, en el que está la presencia masculina y femenina y sus modos fecundos, tramando un encuentro lacustre entre un pescador y, quizás, una sirena. *Warmi*, siento, teje su discurso en base a un antiguo tejido bordado, ambiguo y lejano, quiero decir, circular. A esa textura nos remite la escritura de Montserrat, a unos hilos que se buscan y se encuentran hasta que se termine el tiempo, presintiendo una textura hasta que todo vuelva a encontrarse en *el eterno ojo de la vicuña*.

Es éste un texto en que, a medida que se resuelve, va configurando un territorio de *recuerdos nimios*, dice la poeta, que, al mirar hacia atrás, recuerdan su futuro, lo conjugan en retazos de tela, entre sueños de principio que ya no pertenecen a nadie, porque todo aquello ya ocurrió y volverá a repetirse.

Asombra el modo en que esta escritura se va deshaciendo poco a poco, como la soledad. Inquieta la forma en que una sintaxis, desprotegida de toda gramática, se levanta como una serpiente ritual para intentar alcanzar la simbiosis del mito.

Juan Carlos Orihuela